

# Contra la rutinaria cordura

‘La dama que se transformó en zorro’, de David Garnett

Antonio Garrido

La *Metamorfosis* de Ovidio es un extenso poema dividido en quince libros que tuvo una enorme difusión entre los escritores medievales y es una de las obras más granadas de la literatura clásica latina. Sin entrar en cuestiones como la del género al que pertenece, tema que sigue siendo debatido entre los críticos, el núcleo de esta “historia” es el que forman las transformaciones de los dioses en la mayoría de los casos. Son esos dioses tan maravillosamente humanos que no dudaban en convertirse en animales, vegetales o minerales para conseguir sus deseos, casi siempre de satisfacción sexual.

Las transformaciones forman parte esencial de la vida y de la muerte, de todas las religiones, de todos los mitos. Ser y cambiar, mutarse en otro, una manera de llegar a otra cosa distinta. Todo un universo de fantasía, de imaginación, que lleva siglos tomando forma en las obras de la literatura universal. Este es el caso de *La dama que se transformó en zorro*, de David Garnett, publicado por Periférica.

David Garnett fue uno de los miembros del Grupo de Bloomsbury, amante del pintor Duncan Grant, con cuya hija se casó y a la que llevaba veintiséis años, fue editor respetado, librero en el Soho, pacifista en la Primera Guerra Mundial, había nacido en 1892. Murió en Francia en 1981. La novela que es objeto de mi crítica tuvo mucho éxito cuando se publicó en 1922 y fue premiada dos veces. Garnett fue admirado por Graham Greene, Agatha Christie y Virginia Woolf, que fue su editora.

Un juicio superficial y simplista es el que afirma que esta novela es “extraña” y pertenece al reino de la fantasía. ¡Qué pobreza! Estamos ante una magnífica narración que tiene su origen en una metamorfosis que sorprende al lector. Silvia es una joven encantadora y bella que se enamora de Richard Tebrick, un amable terrateniente. Se casan y son felices en ese marco utópico que es el campo de Rayland, condado de Oxfordshire. ¿Qué sería de la literatura inglesa sin la campiña, los bosques y los páramos? Viven en una casa alejada, aislada, pasean cogidos de la mano y se miran con ternura y pasión al mismo tiempo. Hasta aquí todo de lo más normal.

Llevan pocos meses juntos. Una tarde están paseando, escuchan los ladridos de la jauría y el sonido de la trompa, una cacería de zorros. Richard corre y arrastra a su esposa para ver el espectáculo; de pronto, Silvia da un alarido desgarrador. Richard se vuelve y descubre que su esposa se ha convertido en zorra, así de fácil y así de complicado. ¿Qué se puede hacer ante una situación de este calibre que es tragedia y comedia a la vez? Estamos ante una pirueta muy ingeniosa que entronca con los precedentes clásicos; claro es que Silvia nunca ha querido ser una zorra, no hay voluntariedad en la transformación, no es Júpiter que se muta en toro o en águila o en cisne. La reacción de ambos es de enorme ternura. Él la acoge en sus brazos y la sigue considerando “humana”;



**“Una magnífica narración que tiene su origen en una metamorfosis”**

desde luego lo parece en su mirada, en que juega a las cartas, en que siente vergüenza de verse desnuda, en que sigue las reglas de urbanidad. Se trata de una desgracia del destino que no altera los sentimientos más hermosos y más profundos. Un hombre y una zorra, un enorme ejercicio de ternura.

No es posible la comunicación por la palabra, solo la mirada y el gesto. ¿Cómo van a vivir? Por lo pronto, ella debe ser protegida de todos los peligros, tienen que aislarse. Al principio todo es como si no hubiera pasado nada. Los días discurren y la zorra se va volviendo más animal. Se acabó la urbanidad y el orden natural se impone para desesperación de Richard.

Llega un momento en el que la zorra desea escapar del patio y de la tutela de su “marido”. Consigue escapar y se inicia la acción inversa. Richard se “animaliza”, no habla con nadie, no se lava, come fatal, llora y se angustia. El amor sigue existiendo pese a todo y este es el mensaje de un texto sobrio, con pinceladas descriptivas, con detalles que mantienen el equilibrio entre la sonrisa y la tristeza, un texto que está lleno de melancolía, muy bien escrito por otra parte. Ella vuelve y él la sigue. Se internan en el bosque y llegan a una madriguera de la que salen unas crías de zorro, los hijos de Silvia. ¿Le ha sido infiel? Este es el juego conceptual. Animal y persona comparten sentimientos. Ella cuida a sus hijos, él se encariña con ellos y va a jugar todos los días, les lleva comida. Estamos ante una imagen de la arcadia feliz pero la tragedia está a la vuelta de la esquina en forma de sabuesos.

• CAMPO DE AZUR

## Bujalance, con Mario

Antonio Moreno Ayora



Cada escritor tiene un espacio querido, ensalzado, idílico. En el caso de los poetas de Cántico será unas veces Puente Genil, en Ricardo Molina, otras Aguilar de la Frontera, en Vicente Núñez, o Bujalance en Mario López; igual que los

grandes autores lo tuvieron en Granada (García Lorca), Cádiz (Rafael Alberti) o Córdoba (Campos Reina). Y si, en lo que hoy atañe, Mario López se volcó en su pueblo, este desde hace años le devuelve tal aprecio celebrando unas jornadas literarias en su honor y entregando el premio poético que lleva su nombre. En esta línea, acaba de ver la luz el volumen correspondiente a las Jornadas culturales Poeta Mario López 2010-2012, que conjunta los actos académicos que tuvieron lugar durante cada uno de esos años, publicado al unísono que el poemario *Noticia del asombro*, de Ana Garrido Padilla, galardonada con el XXI Premio Nacional de poesía Poeta Mario López. En una y otra publicación tienen los lectores abundante material ensayístico y lírico –incluso fotográfico– para el necesario recuerdo del poeta bujalanceño. Editadas por la Diputación y el Ayuntamiento, las actas de las jornadas aparecen compiladas e introducidas por el catedrático Juan León, que aún en ellas, y a lo largo de casi 160 páginas, los trabajos o investigaciones de los diversos ponentes que han ahondado, explicándolo, en el mundo y la creación del poeta homenajeado. Entre ellos cabría citar los textos de Carlos Márquez Moreno (*La pervivencia del mundo clásico en la obra de Mario López*), de Alejandro López Andrada (*La naturalidad en la obra de Mario López*) y de Manuel Gahete (*Mario López y su universo de pueblo*). Todos, en conjunto, hacen posible –como escribe el diputado de Cultura Antonio Pineda– que permanezca, por merecimiento, la “memoria viva hacia uno de sus más entrañables hijos” de Bujalance.